

ESTADO ISLÁMICO

Geopolítica del caos

"Una convincente combinación de periodismo serio, análisis vigoroso y musculatura narrativa para abordar un tema del que todo el mundo habla sin saber nada."

Santiago Alba Rico

The background of the cover features a high-contrast, black and white silhouette of several individuals holding rifles aloft. The scene is set against a bright, hazy sky where the sun is positioned, creating a lens flare effect. The silhouettes of palm trees are also visible in the background, suggesting a tropical or Middle Eastern setting.

Javier Martín



Javier Martín

Estado Islámico

GEOPOLÍTICA DEL CAOS



PRIMERA EDICIÓN: MARZO 2015
SEGUNDA EDICIÓN: ABRIL 2015
TERCERA EDICIÓN: JULIO 2015
CUARTA EDICIÓN: NOVIEMBRE 2015
QUINTA EDICIÓN: DICIEMBRE 2015

© IMAGEN DE CUBIERTA: SAID KHATIB AFP GETTY IMAGES

© JAVIER MARTÍN, 2015

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2015
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 05 04
FAX. 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

ESTADO ISLÁMICO.
GEOPOLÍTICA DEL CAOS

ISBN (PAPEL): 978-84-9097-054-6
ISBN (EPUB): 978-84-9097-115-4
DEPÓSITO LEGAL: M-26.361-2015
IBIC: JPWL

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

A Paz, mi amor, mi faro

PRÓLOGO

CRISTINA SÁNCHEZ*

“Di adiós al antiguo orden en Oriente Medio.” Así titulaba uno de sus artículos la periodista y experta en la región, Joyce Karam. Publicado en la web en inglés del canal de noticias Al Arabiya, con sede en Dubai, en él se analiza el papel que viejos y nuevos actores están desempeñando a la hora de redefinir un mapa de poderes e influencias en una carrera que todos pretenden ganar sin apartar la mirada del retrovisor y, por ende, de sus rivales. Y es que de la semilla plantada en décadas de siembra han crecido malas hierbas en campos que algunos creían propios y que ahora extienden sus raíces por Siria o Irak. La más mediática de todas ellas se hace llamar Estado Islámico, un grupo cuyo carácter transnacional quedaba patente en una declaración, la que realizaba Abu Safiyya, supuesto portavoz, el mismo día en el que el hasta entonces conocido como ISIS proclamaba un nuevo califato en los territorios bajo su control. Identificado como un ciudadano de origen chileno, con residencia en Noruega, proclamaba en una alocución en inglés la desaparición de las fronteras artificiales fijadas en 1916 gracias a un pacto secreto entre Francia y el Reino Unido que contó con el beneplácito de Rusia.

Pero nada de esto se explica sin retroceder en el tiempo buscando responsabilidades que nacieron en el pasado, pero que siguen amantándose en el presente. Tras la caída del Imperio otomano, los acuerdos de Sykes-Picot repartieron Oriente Medio en zonas de influencia, fijando las bases para la creación de los actuales estados de la región, definiendo, en sucesivos acuerdos, unos límites territoriales que, siguiendo otros ejemplos coloniales, ignoraron orígenes, idiosincrasias y caracteres propios. Y desdeñaron una lucha dominante entre las dos ramas del islam que no conoce de fronteras. Una batalla en la que, en los últimos dos años, ha irrumpido un actor no estatal que pretende

construir uno y así se autoproclama Estado Islámico. Cientos de kilómetros entre Siria e Irak bajo su administración, con su propia infraestructura y financiación y una cuidada estrategia militar. Más de 30.000 combatientes a su servicio y un mosaico de nacionalidades nutriendo sus filas y una treintena de grupos armados que, desde Filipinas a Nigeria, han jurado lealtad al "califa". Abu Bkr al Bagdadi, nacido en Samarra, hijo bastardo de Al Qaeda y ahora el hombre más buscado por los servicios de inteligencia de medio mundo. No solo desertado de la red fundada por Osama bin Laden, también de sus objetivos: avanzar, conquistar y gestionar son sus obsesiones. Cuenta, para ello, con importantes ingresos y una perversa pero, hasta la fecha, eficaz maquinaria propagandística que está movilizand o efectivos y apoyos, físicos y virtuales, a través de una de sus más importantes herramientas, la red.

Este libro es un viaje por las profundidades del océano del que ha emergido la ola que ahora recorre Oriente Medio erosionando, como señalaba el periodista David Gardner en las páginas del Financial Times, las fronteras imperiales establecidas un siglo antes. Una apasionante travesía en busca de las claves que permitan comprender la situación actual. Por carreteras secundarias y grandes autopistas, como la invasión de Irak liderada por Estados Unidos en el año 2003 y que rompió el difícil equilibrio mantenido hasta esa fecha al acceder al poder la rama minoritaria del islam, pero mayoritaria en el país, e inclinarse la balanza hacia el único estado chií del mundo, Irán. O por esa autovía llamada Arabia Saudí por la que viaja a gran velocidad, cruzando fronteras, su interpretación más rigorista del islam, el wahabismo. Sin olvidar Siria, con enclaves suníes, chiíes y kurdos que luchan entre sí o establecen alianzas, que se nutren de apoyos externos y de intereses ajenos. Y que extienden sus tentáculos desestabilizantes por otros países vecinos. En conflictos que se están cobrando decenas de miles de vidas, en su inmensa mayoría musulmanas. Más de 140.000 civiles muertos desde la invasión en el caso iraquí, según recuento del observatorio independiente Iraq Body Count. Cifra similar en cuatro años de conflicto en Siria.

Esta obra que ahora se publica es, pues, imprescindible. La amplia experiencia que acredita su autor como corresponsal de la Agencia EFE en países como Egipto, Irán, Israel y Túnez y su profundo conocimiento del mundo musulmán son una garantía de análisis, rigor y profundidad en una época en la que, en demasiadas ocasiones, estos son engullidos por la inmediatez. Javier Martín huye de simplificaciones, deserta de generalidades, derriba estereotipos. Y señala, sin tapujos, la responsabilidad de cada uno de los actores. De Arabia Saudí a Irán, pasando por Turquía, Pakistán, Egipto o Estados Unidos. Un texto que conjug a lo mejor del periodismo y de las relaciones internacionales. Caminando, en círculos concéntricos, de los testimonios en primera

persona al análisis geoestratégico. Porque, como afirmaba el maestro de periodistas Ryszard Kapuscinski: "Ser historiador es mi trabajo [...] estudiar la historia en el momento mismo de su desarrollo, lo que es el periodismo [...]. Todo periodista es un historiador".

* Directora de Países en Conflicto de Radio Nacional de España.

INTRODUCCIÓN

ELLOS SON EL ENEMIGO. TENLO EN CUENTA.
COMBÁTELOS. POR ALÁ, ELLOS MIENTEN.

Ibn Taymiyya

Sentado en las laderas blancas y azules de Sidi Bou Said, Salem Haazuni sorbe con tenue melancolía un té con piñones en exceso azucarado. Sabe que, pese a todo lo ocurrido en los últimos cuatro años, es un hombre afortunado. El sol cae con pereza sobre el puerto que una vez vio partir a las huestes de Aníbal y una brisa fría y áspera acompaña la cháchara de los escasos parroquianos. “Yo huí hace un año y medio. Quise creer que veríamos un país mejor, insistí en quedarme pese a las primeras señales, pero me equivoqué”, explica. “Libia no tiene futuro, los libios no tendremos otro futuro que la guerra en los próximos diez años”, añade con un gesto teñido de resignación, dolor y cierta ira. Directivo de alto perfil en una de las compañías petroleras punteras en tiempos del derrocado Muamar Gadafi, Hazouni no era un hombre del sistema. En Libia, subraya, no había sistema. Era un régimen esculpido a imagen y semejanza de su líder: tan excéntrico como personalista. Todo giraba en torno al tirano y sus caprichos. Nada más importaba. Ni siquiera, a veces, su propia familia, recuerda. Él era el principio y el fin de la nación inventada, el señor tribal al que el resto de clanes solo respetaban tanto como temían. El único cemento que cohesionaba una heterogénea sociedad de apenas seis millones de habitantes regida por costumbres ancestrales, donde las fidelidades se compraban con petróleo y las conspiraciones se pagaban con la vida. “No era el mejor de los lugares, sobraban ambiciones y faltaban libertades. No había un futuro cierto. Visto desde fuera, suficientes razones para montar una revuelta. El problema es que nunca hubo un plan mejor, los que la instigaron nunca pensaron en la alternativa antes de echar a Gadafi. Esa es nuestra condena”, agrega mientras las sombras que avecinan la noche se abaten sobre

el golfo de Túnez, hogar de su “afortunado exilio” y del de miles de compatriotas libios.

Gadafi cayó el 23 de agosto de 2011 y apenas dos meses después fue asesinado por un escuadrón de la muerte opositor que lo encontró escondido en los túneles de Sirte, su ciudad natal. Cuatro años más tarde, Libia es un cúmulo de cenizas, polvo y sangre. Un estado fallido, víctima de la anarquía y la guerra civil, en el que dos gobiernos rivales, uno considerado rebelde establecido en Trípoli y otro internacionalmente reconocido exiliado en un barco en Tobruk, luchan por adueñarse del control de los vastos recursos naturales. Una fotocopia en la orilla sur del Mediterráneo de otros estados igualmente fallidos, como Irak o Siria, a los que la carencia de un plan de transición política y social adecuado tras la caída de las dictaduras —forzadas por Occidente— ha sumido en un caos bélico en el que milicias islamistas, exmiembros de los regímenes derrocados, líderes tribales y señores de la guerra se lucran con el tráfico de armas, drogas, petróleo y personas. Un vacío de poder —pero, sobre todo, un pozo de frustración, rabia y desesperanza popular— del que se alimentan grupos yihadistas de ideología mesiánica afines al autoproclamado Estado Islámico, el mayor —y quizá peor conocido— rival al que se enfrenta Occidente, como sociedad de valores, y el mundo arabo-islámico como cultura en el albor de este siglo XXI.

Entender qué es, qué significa el Estado Islámico declarado el 29 de junio de 2014 por Ibrahim Awwad Ibrahim Ali al Badri al Samarayy —“Abu Bakr al Bagdadi” para Occidente y sus aliados musulmanes, y “el califa Ibrahim” para sus acólitos— obliga a desprenderse, necesariamente, de los equívocos y de los mitos sobre su naturaleza que dominan en los medios de comunicación e intoxican ciertos debates políticos, dirigidos a excusar los errores de cálculo cometidos por las potencias internacionales y sus socios en Oriente Medio y a justificar intervenciones militares injustificables. El más importante de ellos, su inapropiada e interesada definición como simple movimiento terrorista. Arraigado en un área de cientos de kilómetros cuadros que abarca desde el extrarradio de Alepo (Siria) a la provincia central de Al Anbar (Irak); replicado por decenas de grupos armados que le han jurado lealtad, desde las agrestes montañas de Argelia a las costas índicas de Indonesia, y dotado de un poderoso efecto llamada, que atrae a jóvenes de otros países islámicos, pero también a musulmanes nacidos y crecidos en Europa, el Estado Islámico es, en realidad, un protoestado islámico con rasgos del totalitarismo y vicios de la ultraderecha, capaz de autofinanciarse con métodos mafiosos, que gestiona un amplio tejido social y se sostiene en un estructura militar que aúna con eficacia estructuras de ejército regular, tácticas de guerrilla, herramientas de Inteligencia y recursos terroristas.

Una entidad estatal que se rebela contra las fronteras trazadas por las potencias coloniales en el siglo XX, y en la que la patria es la pertenencia a una religión única y excluyente. Un sistema policial que se sostiene en el terror como instrumento de gobierno y defensa, pero que se nutre también de la pasmosa ilusión que ha conseguido generar entre muchos de los que allí viven, y en muchos de los que lo observan en la distancia. Al contrario que la red terrorista internacional Al Qaeda, de la que se alimenta, con la que rivaliza y de la que supone, en cierta medida, una evolución lógica, el Estado Islámico y su maquinaria de propaganda no ofrecen el sueño de una futura *Umma*, sino la realidad de poder vivir ya en una comunidad de creyentes concebida a imagen y semejanza de aquella que creen que constituyó Mahoma hace casi 1.400 años. Una “*Itaca musulmana*” que seduce tanto a quienes creen que las revoluciones de 2011 han fracasado — como en el caso de Egipto, donde cuatro años de sangre y protestas populares contra la autocracia de Hosni Mubarak han desembocado en la ciénaga de una dictadura militar melliza, ahora bajo el látigo de Abdel Fatah al Sisi—, como a quienes han quedado huérfanos tras el hundimiento del islamismo político y a aquellos musulmanes excluidos, social, cultural y económicamente en países como el Reino Unido, Bélgica, Francia o España, lastrados por sus deficientes y represivas políticas de inmigración. Muertas las esperanzas de lograr un mundo diferente, quebrados los sueños libertarios, anegada la justicia social por la vía democrática, y con la integración como quimera, el único valor que resta es la rebeldía del fusil.

“El Estado Islámico debe ser entendido como la representación de una amenaza mayor [de la que supone] una organización terrorista”, coincide en subrayar Charles Lister, investigador de la organización no gubernamental de análisis The Brookings Institution, con sede en Washington y Doha. “Su objetivo explícito es establecer y mantener un Estado islámico autosuficiente, y por ello, el Estado Islámico ha situado su capacidad para dirigir y gobernar como factor determinante del éxito. Inscrito en un amplio contexto de inestabilidad y conflicto [la estrategia] del Estado Islámico de combinar represión cruel y provisión de servicios sociales y asistencia básica [para la población] ha conducido, de momento, a un considerable [grado de] aceptación táctica a nivel local”, argumenta. En la misma línea se pronuncia Samuel Laurent, experto en movimientos yihadistas, para quien detrás del árbol de la mediática brutalidad de los asesinatos en nombre del nuevo califa se esconde el bosque de un Estado militarizado, bien estructurado, mejor financiado y que ofrece servicios sociales básicos que las dictaduras y reinos árabe-musulmanes (y los regímenes que en algunos casos le han sucedido) han eludido prestar a sus ciudadanos. “La guerra constituye la primera prioridad del Estado Islámico. Pero no es la única”, explica. “El dinero fluye a raudales. Principalmente gracias

al petróleo de contrabando, que junto a otras fuentes de financiación le garantizan un maná casi inagotable. Aquí no hay corrupción, no hay gastos inútiles o dispendios caros. A pesar de todas las cosas que hacen del Estado Islámico detestable, sus finanzas públicas son un modelo en su género”, afirma el analista francés en un libro publicado en 2014 por la editorial Seuil. “El Ejército funciona cada vez mejor, el reclutamiento aporta cada día decenas de jóvenes y los habitantes del califato no quedan de lado. Se benefician de generosas aportaciones, servidas siempre a tiempo, de escuelas, de un marco financiero para los más desfavorecidos, así como de sanidad básica, enteramente gratuita. La rapidez con la que el Estado Islámico pone en marcha esta eficaz burocracia sorprende. Y aterra...”, destaca. A ello se une una efectiva y efectista campaña de propaganda en las redes sociales, inconscientemente amplificada por los medios de comunicación internacionales. Un reclamo en tiempos de crisis para todos aquellos musulmanes que creen que sus gobiernos —en el mundo árabe-islámico, en Europa, en Asia— ni les cuidan ni les representan.

“El yihadismo es un problema para todo el mundo, no solo para Oriente Medio y el norte de África. Nosotros lo hemos advertido desde hace mucho y lo combatimos con nuestras actividades, destinadas a ofrecer otro modelo de sociedad, más justo y equitativo, igual al que estableció el Profeta”, reflexiona Rida bel Haj, portavoz de la rama tunecina del partido panislamista Hizb al Tahrir, el primero en vertebrar y desarrollar el concepto de califato moderno tras la desaparición, en 1924, de esta ancestral y simbólica institución musulmana. Acomodado tras un escritorio de madera ajado —único mobiliario en una habitación fría y gris del centro de Túnez—, cruza las manos a la altura del pecho, apoya los codos y se inclina hacia delante antes de proseguir con su argumento. Hace apenas unos días que la nación norteafricana ha cerrado cuatro años de compleja transición política y el nuevo Gobierno del designado primer ministro Habib Essid —antiguo funcionario de la derrocada dictadura de Zine el Abedin ben Ali— ya ha tenido su primer choque con los radicales: 32 presuntos yihadistas detenidos en diferentes partes del país y un supuesto líder abatido a tiros en las montañas que lindan con Argelia. Respuesta: cuatro guardias nacionales muertos días después en un ataque contra un puesto de control en la agreste e incontrolada región de Kasserine, considerada el bastión y lugar de paso de combatientes argelinos, marroquíes, malienses y de otras nacionalidades del Sahel que aspiran a defender su desviada interpretación del islam en Libia, Siria o Irak. “Es cierto que nosotros también apelamos a la creación de un califato que elimine las fronteras coloniales. Que nuestra bandera es igualmente negra, como usted dice, pero nosotros nunca hemos predicado la violencia”, subraya. “No cabe en nuestro concepto del islam.

Quienes lo hacen no pueden ser llamados musulmanes y deben ser confrontados”, recalca.

UN DIABLO LLAMADO SYKES-PICOT

Tocada con un *hiyab* blanco y vestida con una amplia túnica negra, Rosa María Suárez —ojos tristes, mirada cansada, sonrisa tibia— abre la puerta con la mano aún temblorosa. Hace apenas dos horas que los soldados israelíes han abandonado su casa —ahora revuelta— y un silencio pétreo, impregnado aún de miedo, envuelve la terraza del amplio *chalet* familiar, abierto a los pelados montes que custodian la ciudad palestina de Hebrón. “Les esperaba desde hace días. Por eso tenía el pasaporte español a mano, en el bolso. Eso me ha salvado. Otras veces han venido, pero nunca he pasado tanto terror como hoy”, explica con voz trémula. “Lo han desordenado todo, golpeando las puertas con furia. Buscaban a alguien, no algo. Nosotros nos damos enseguida cuenta, estamos acostumbrados”, añade mientras el último sol de la primavera de 2014 inicia su tardo descenso. Nacida hace más de seis décadas en Lugo, norte de España, llegó a la conflictiva “ciudad de los patriarcas” hace casi 40 años y desde entonces apenas ha salido de sus depauperados contornos. Años duros en la Palestina ocupada en los que ha conocido los rigores de la primera y la segunda Intifada, la fallida esperanza que supuso el engañoso proceso de Oslo —jamás respetado— y el dolor por la muerte de un hijo, apresado durante el primer levantamiento palestino, liberado y víctima después de un veloz e implacable cáncer. “Se lo llevaron y lo encarcelaron como a otros muchos. Cuando se tiene veinte años se tienen inquietudes políticas. Es normal. Nosotros educamos a nuestros hijos en el islam, pero también en la libertad y la dignidad”, explica.

No quiere abrir ese capítulo. Tampoco otros muchos relacionados con su espinosa vida y la de su marido, un médico ya jubilado del que se enamoró cuando este —como otros muchos árabes en aquella época— estudiaba Medicina en España. Aduce que los soldados hollaron su hogar sin contemplación ni motivo, al igual que en las noches y los días precedentes allanaron las moradas vecinas: aprovechando que las mujeres estaban solas, en busca de los presuntos captores de los tres jóvenes estudiantes israelíes —dos de ellos menores— que habían desaparecido la semana anterior cuando hacían *autostop* a la salida de la escuela religiosa en la que estudiaban, en un popular cruce cercano al ilegal bloque de colonias de Gush Etzion. Una acción tan arbitraria como inútil, desligada —dice— del banderín negro que destaca en el *hall* de entrada, a la derecha de la cocina, sostenido tras un barroco cuadro con los 99 nombres de Alá. Una peque-

ña flámula zaína en la que destaca una leyenda en blanco calcada a la que también despunta en la verde bandera de Arabia Saudí, y que el Estado Islámico ahora ha modernizado para darle su propia identidad: “No hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta”, profesión de fe musulmana. “Se volvieron locos al verlo. Sobre todo los tres que olían como si no se hubieran bañado en meses. Me dijeron ¿qué es esto? ¿Qué es esto?, muy nerviosos. Yo les dije: ‘Una bandera de nuestra religión’. Y la arrancaron. La tiraron al suelo. No sabían qué era, no es más que la *shahada*”, relata con el temple recobrado.

Símbolo de la desaparecida dinastía abbasí, la enseña que Rosa María sostiene mientras habla no es hoy un adorno baladí, como ella pretende aparentar; representa el estandarte del Hizb al Tahrir (Partido de la Liberación), una formación gestada en Oriente Medio, pero con gran ascendencia en Pakistán, Afganistán y las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central, que al rebufo de las denominadas primaveras árabes ha intensificado su propaganda y su actividad en todo el planeta. Fundada en 1953 por Taqiuddin an Nabhani (1909-1977), un erudito palestino nacido en Haifa y formado en la universidad islámica de Al Azhar, en El Cairo, en los años en que Hasan al Banna alumbraba a los “Hermanos Musulmanes”, es hoy el movimiento panislamista suní con más atractivo entre los jóvenes musulmanes europeos y el que más crece en Estados Unidos e Indonesia. Promotor de un cambio radical no violento en las tierras en las que el islam es mayoritario, reniega de los autodenominados estados islámicos actuales —Arabia Saudí, Irán y Sudán—, abjura de conceptos “ajenos a la fe de Mahoma” como el nacionalismo, el capitalismo y el socialismo —amén del interesado modelo de democracia adoptado en la vieja Europa—, aboga por desbaratar las actuales estructuras nacionales y pretende edificar desde sus escombros un nuevo orden cimentado en el concepto fundacional del califato. “Nosotros trabajamos en el plano político, en el de las ideas, huimos de la violencia. Seguimos el ejemplo del Profeta que no necesitó de la violencia para construir su sociedad igualitaria”, explica su esposo.

El sol se despeña ya detrás de las cimas y en la amplia balconada de esta gallega las agujas, el acerico y otros aparejos de costura han dejado su espacio a tazas de café intenso y bandejas rebosantes de fruta. Nietos, bisnietos y sobrinos han cedido su sitio a hombres de rostros barbados que discuten de política y a mujeres jóvenes que se afanan en la cocina. “Organizamos seminarios, tenemos foros. Círculos de estudio. Es una actividad intelectual”, defiende el psiquiatra, con voz calma. Dos sillas más a la derecha, un hombre entrado en los 50 escruta con desconfianza cámaras y micrófonos. Después, mira altivo y pregunta si están apagadas. Ante la respuesta afirmativa, se acomoda en la silla de plástico blanco, deposita con mimo la taza de aparente porcelana y susurra: “No queremos ni a Hamás ni a Al Fatah.

Son lo mismo. Un grupo de corruptos. Solo la *Umma* [comunidad de creyentes] puede defender los derechos y reportar una vida digna a los musulmanes en todo el mundo”, argumenta. “Las sociedades de hoy no son justas, los jóvenes afortunadamente se están dando cuenta”, sostiene el marido de Rosa María desde el fondo de la mesa. “Nosotros lo decimos desde hace tiempo. No hay otra solución que la *Umma*, es el único modelo válido para los musulmanes”, resalta.

Organización difícil de catalogar, tan desconocida en Occidente como socialmente influyente en los países en los que está sólidamente asentada, Hizb al Tahrir es el resultado de una aleación que comparte fundamentos ideológicos con los Hermanos Musulmanes, incluye componentes espirituales del salafismo moderado y el deobandismo indo-pakistaní y se sostiene tanto en el secretismo inherente a la francmasonería como en el centralismo funcional y jerárquico del modelo marxista-leninista. Un frangollo colonizado de grises que no permite encasillarlo ni como partido político ni como grupo radical, aunque para numerosos expertos constituya el principal semillero ideológico —sobre todo en Europa— de movimientos yihadistas de sustrato afin, como el propio Estado Islámico, con el que comparte, en esencia, las metas, que no los métodos. “Su objetivo es influir en la elite política. Desafiar el actual statu quo, cambiarlo, pero desde dentro del sistema”, precisan Houriya Ahmad y Hannah Stuart, autoras de la obra de referencia *Hizb ut Tahrir. Ideology and Strategy*, publicada en Londres en 2009 por el Centro para la Cohesión Social.

Enemigo de las fronteras trazadas a principios del siglo XX en Oriente Medio —y en particular de los acuerdos franco-británicos de Sykes-Picot (1916)—, y devoto de la inconclusa —y simplista— visión política atribuida a Mahoma, es precisamente en la capital británica donde el grupo tiene uno de sus principales centros de adoctrinamiento. Y donde en 1996 sufrió una escisión que llenó Europa y Asia Central de hijos bastardos y propició que muchos gobiernos decidieran proscribir sus actividades, como habían hecho previamente sus iguales en Oriente Medio. Desaparecido An Nabhani, la batuta de la organización pasó a manos de su compatriota Ata Abu Rashta, natural de la desaparecida aldea de Ra’na, vaciada y destruida en 1948 por las tropas de la unidad de elite israelí Givati durante la denominada Operación Yoav. Expulsado de su tierra, como millones de palestinos más —de sus cenizas se levanta ahora la colonia-kibbutz de Gal On, fundada por supervivientes del holocausto llegados a bordo del *Exodus* y miembros del movimiento juvenil socialista-marxista Hashame Hatsair—, vivió en un campo de refugiados próximo a la ciudad de Hebrón antes de viajar a El Cairo, donde se licenció en Ingeniería Civil en tiempos en el que el panarabismo relucía y el puño de Gamal Abdel Nasser percutía como un martillo pilón sobre el islamismo político represaliado. Afincado en Jordania, Abu Rashta —aún máximo líder

del grupo, con residencia en el Líbano— saltó a la fama periodística en la década de los pasados noventa, cuando sus diatribas contra los países árabes aliados con Estados Unidos y el Reino Unido en la mal denominada primera guerra del Golfo (1991) causó que fuera detenido en numerosas ocasiones.

Apenas un lustro antes, su representante en el Reino Unido — Omar Bakri Muhammad, exmiembro de los Hermanos Musulmanes sirios— había forzado la primera escisión, hastiado de lo que consideraba una estrategia premiosa y contemplativa. Junto a Anjem Choudary —un clérigo nacido en el Reino Unido— fundó en Yeda (Arabia Saudí) el 3 de marzo de 1983, 59 aniversario de la caída del califato, Al Muhariyum, un grupo que abogaba por regatear el método tradicional de adoctrinamiento y reemplazarlo por la lucha armada para acelerar —e imponer— así las reformas. Ilegalizado por el Gobierno británico en 2010, desde entonces es uno de los catalizadores más activos del islam ultraradical en la instrucción y el envío de yihadistas del viejo continente a Oriente Medio y Asia Central. Servicios secretos occidentales creen que su labor ha sido y es fundamental en el reclutamiento y financiación —a través de mecenas europeos, saudíes, pakistaníes— de células armadas que ahora combaten en el seno del Estado Islámico, a cuyo líder Choudary reconoció como “califa y príncipe de los creyentes” en un discurso en septiembre de 2014.

“Nosotros no compartimos la violencia de Al Bagdadi y su ejército”, explica Abu Omar, un seguidor del Hizb al Tahrir que regenta una asesoría en Ramala. Hace apenas dos semanas que la devastadora ofensiva estival israelí sobre Gaza ha desaparecido de las portadas de los medios de comunicación mundiales, y el eco hosco de sus crímenes ha sido sustituido en la trituradora del tiempo por el salvajismo inhumano de los nuevos enemigos de Occidente. “Todo es falso, una gran mentira. Eso que llamáis primaveras árabes fracasó porque su modelo a imitar es la decadencia occidental. Y Al Bagdadi ha optado por la violencia, lo que deslegitima su lucha, aunque como sugieres sus objetivos sean similares a los nuestros. Sí, el objetivo es implantar un califato que purifique y ordene la vida de los musulmanes, pero a imagen y semejanza del que creó Mahoma. Para eso trabajamos”, insiste mientras pide café para dos.

Concebido como una estructura semiclandestina y estrictamente jerárquica —Abu Rashta concentra todos los poderes—, Hizb al Tahrir tiene sucursales en más de 40 países y sus militantes se calculan en más de un millón de adeptos profundamente comprometidos. Muy activo y dinámico en Internet —donde gestiona una moderna web—, su método recuerda la estrategia que ideó Hasan al Banna y que propone el reclutamiento, la islamización y la purificación de la sociedad antes del asalto al poder, que caería como fruta madura. A ello añade el concepto de “*nusrah*” (“ayuda externa”), origen de la ruptura con